

XXX

En el asunto de que nos hemos ocupado, ni uno ni otra eran culpables. Pero, para probar la inocencia de la baronesa de Roizel y del señor de L... tenemos que razonar por probabilidades. Si Carmen Lillievre arroja á veces alguna luz sobre esta triste aventura, y se extiende en los preliminares, los detalles los deja adivinar nada más, sin pararse en ellos. Nos veremos, pues, obligados á relatar una á una la mayor parte de las escenas apenas indicadas.

Es sobre todo muy discreta al tratar del último período de los amores del barón y de Lucrecia Vitel. Explica también el motivo de esta reserva: la baronesa des-

cubrió que Carmen reunía en sí las funciones de profesora de idiomas y de intermediaria en amor, que daba á la mujer lecciones de español, y al marido noticias de Lucrecia. Inmediatamente, con su vivacidad habitual, y presa de una natural irritación, dirigió á Carmen los reproches más violentos, la trató como á la última de las miserables, y la arrojó vergonzosamente de su casa. Carmen se marchó con la rabia en el corazón; su cólera le quitó la sangre fría necesaria para estudiar más tiempo á Roizel y á Lucrecia, y seguirles en sus peregrinaciones amorosas. Espera con ansiedad el desenlace de su intriga, y se apresura á hacerlo conocer, sin decirnos de qué manera se condujo. Se parece á un autor dramático que, después de haber escrito los tres primeros actos de una obra, pasase al quinto, sin ocuparse del cuarto.

Felizmente es fácil recomponer, con ayuda de los restantes, el acto olvidado.

Después de la cena en el café Inglés, Lucrecia se ve todas las semanas y por espacio de muchos meses con Roizel. El amor del barón iba en aumento, su cabeza iba calentándose, la va perdiendo poco á poco, mientras que Lucrecia no se olvidaba ni un instante de sí misma, sabe hacerse respetar y promete sin cumplir jamás. Estas escenas se adivinan, se sienten, se ven. El barón suplica, implora, cae de rodillas; Lucrecia parece ablandarse, que está á punto de caer, y después, de improviso, como si despertase de un sueño, recobra la razón y rechaza al barón que, desanimado, vuelve á tener esperanzas en una palabra que le dice ó en un suspiro que la oye.

Las citas se suceden unas á otras sin interrupción, las semanas siguen á las se-

manas sin que Roizel adelante un solo paso.

Cuando no se oponen obstáculos materiales á sus transportes, cuando Lucrecia no se aleja bruscamente de él ó no le rechaza, se complace en levantar barreras morales entre ella y el barón. Emplea el plan de batalla de las coquetas, que parece están decididas á entregarse al que aman y desean hacer creer que no es culpa suya si no han podido saltar la última trinchera.

—No quiero—decía Lucrecia—sacrificarme por un hombre que no me pertenece por completo, que de mis brazos pasa á los de su mujer, que nos pertenecería á las dos, y no me daría más que una parte de su corazón.

—No tengáis ese temor—exclamaba Roizel en su embriaguez y en su locura,—no quiero en el mundo á nadie más que á

vos; la baronesa y yo vivimos eternamente separados.

—Lo creéis así—replicó,—y sois sincero. Pero no se vive impunemente al lado de una mujer hermosa, y la vuestra lo es. La hago justicia... La veréis á cada momento, mientras que yo estoy condenada á no concederos más que una hora ó dos por semana... Mi recuerdo no sería bastante poderoso para alejaros de ella... No, no, no tengo confianza en esas separaciones bajo un mismo techo.

Le persuadía así, poco á poco, de que el único obstáculo que entre ellos se levantaba era su esposa: si ese desaparecía, le pertenecería en cuerpo y alma.

—¡Ah!—decía otras veces Lucrecia en esos momentos de abandono, en que creía conveniente aparentar que lo decía todo,—no hay entre marido y mujer nada serio, sino las separaciones legales que se cum-

plen por sentencia judicial. Éstas ofrecen garantías á una querida celosa, apasionada, que desea ser sola... Pero yo no osaré jamás... ¡No, no, jamás!... Debería, dejando á un lado todo escrúpulo exagerado, toda falsa delicadeza, no pensar más que en vuestros intereses, en vuestro honor, que está en peligro... ¡Ah! doblemos la hoja, que ya he hablado demasiado. ¿Pero tengo yo la culpa? ¡Tomo tan gran participación en lo que os concierne, sufro tanto las afrentas y los disgustos que os han dado!

De este modo llegaba lentamente también, con hábiles reticencias y medias palabras, á empañar la reputación de la baronesa, á despertar sospechas en su marido, á persuadirle de que si aún no le engañaba, se preparaba para hacerlo.

Los íntimos de la señora de Roizel, las personas que en la época en que fué llevada á los tribunales creyeron que debían

absolverla aun cuando salió condenada; las gentes, en fin, á quienes esta desgraciada mujer fué siempre simpática, no tubearon en acusar al barón de haber preparado y conducido á buen término la cita de la calle de Provenza.

Evidentemente se engañaban: para nosotros, Roizel no fué el autor de tal escándalo. Creyó de buena fe en la infidelidad de su mujer; la llevó á los tribunales convencido de que le engañaba. Lucrecia Vitel y Carmen fueron las que prepararon y pusieron en ejecución el plan que tan buen resultado les dió.

Ellas fueron las que escribieron ó hicieron escribir las dos cartas que debían traer á un lazo á la baronesa y al que había de aparecer como cómplice suyo. Ellas al mismo tiempo fueron las que avisaron á Roizel esta entrevista que le había de comprometer. Estamos autorizados para

hacer que recaiga toda la responsabilidad de este acto y de esta infamia, que conocemos de larga fecha, sobre Carmen y su amiga.

Roizel, el día en que quedó separado para siempre de su mujer, ¿consiguió hacer la conquista de Lucrecia?... No tenemos ningún dato seguro acerca de ese particular. Pero todo induce á creer que lejos de recompensarle su constancia, su paciencia y sus sacrificios, Lucrecia, una vez satisfecha de su venganza, se dió prisa por suprimir hasta los favores á medias que le concedía y que cesasen toda clase de relaciones entre ellos. Lo que más nos hace creerlo, es que á los tres meses después de la causa, cuando la baronesa salió de la Casa de Salud, donde por gran favor había conseguido sufrir la pena, el barón, acompañado de dos amigos entraba en el mismo establecimiento.

Roizel, antes tan reservado en su lenguaje y sus maneras, había empezado á manifestar de repente ideas tan extrañas, había llevado á cabo actos tan raros, que sus compañeros de oficina, sus amigos y su familia empezaron á llamarle la atención y creyeron necesario someter al barón á la observación de médicos especialistas.

Esos señores no tardaron en encontrar en el barón una perturbación completa de las facultades intelectuales, comprobaron la existencia de desórdenes cerebrales gravísimos y determinaron que entrase inmediatamente en casa del doctor X...

La sociedad atribuyó la enfermedad á la desesperación en que le había sumido la mala conducta de su esposa. Pero es á Lucrecia Vitel á quien achacamos la responsabilidad de esa nueva desgracia. Las bruscas decepciones, la pérdida repentina

de sus esperanzas, concebidas hacía largo tiempo, una terrible realidad sucediendo á un sueño bellísimo, una pasión de las más exaltadas, siempre sin saciar, pueden ocasionar un desarreglo completo en las facultades del hombre que hasta entonces hubiese estado sano su espíritu.

Tal fué la última aventura en que se halló mezclada Carmen Lelievre. En algunas notas esparcidas en medio de sus Memorias, se encontraban aún diferentes anécdotas, donde juega un papel más ó menos importante. Sus relaciones se extienden, el número de sus alumnos se hace de día en día mayor, se aprovecha naturalmente de su situación para cometer algunas perfidias, porque la envidia la devora. Bien pronto este sentimiento no se divide tanto como antes, no se desparra: se concentra, se fija en un objeto; no tiene más que un objetivo. Carmen, en

esa época de su vida, parece no estar celosa de Marcela de Baud porque ésta sea amada por Didier de Prades, sino que la tiene envidia; la odia sobre todo, porque Marcela es madre de una niña preciosa.

Dejemos hablar por un instante á Carmen para que nos dé mejor cuenta de sus impresiones. Cuando nos pongamos en su persecución, nos será tanto más fácil encontrarla, cuanto más hayamos leído en el fondo de su alma.

XXXI

6 Mayo. 187...

¿Quién se atreve á decir, escribía Carmen Lelievre en la fecha que va puesta á la cabeza de este capítulo, que las

madres encuentran siempre que sus hijos son hermosos? Es un error. Mi hija es muy fea y muy mal formada; yo lo veo, lo conozco y lo digo.

En el año que siguió á su nacimiento podía hacerme ilusiones, esperar al porvenir. Hoy ya no tengo duda.

¡Y había muchas causas para que hubiese sido preciosa! Como ciertas enfermedades, la belleza salta, según dicen, muchas veces una generación, y en la cara de los niños se ve aparecer los rasgos de sus abuelos. Si Juana se hubiese parecido á mis padres llamaría grandemente la atención.

Nada tampoco impedía que se hubiese parecido á Richard. No me agrada por completo, porque mis recuerdos lo estorban y le dañan en mi mente; pero agrada á muchas, y lo merece. Me hubiese contentado, para Juana, con una pequeña par-